

miento de burla que había tenido, y protestando enmendarse, juró por su salvacion que no había amado á muger alguna como á ella.

En cuanto á la cuestion de saber si respiraba el mismo aire que ella en aquel momento, no había apariencias de que fuera así. Angélica, una de las mas bellas y ricas herederas de la nobleza napolitana, estaba sin duda, en aquella hora, en el balcon de su palacio, contemplando esa mar radiante que baña las costas de Caprea, y que los rojizos relámpagos del Vesubio iluminan á veces con sangrientos resplandores; ó tal vez se hallaba en la azotea de ese otro palacio, maravilla de Palermo, orgullo de Sicilia, cuya blanca columnata se refleja en el golfo, frente á frente del Cabo di Gallo.

Nuestro aventurero elevaba sus pretensiones muy alto. Angélica, su ídolo, era la hermana del conde Loredano Doria, el favorito mas querido del rey de Nápoles.

Las campanas del convento de Corpo-Santo doblaban sin cesar, y la punta del pico desaparecia ya toda entera en el agujero cavado por Athol.

Este, tomó una vez aún en la mano su manuscrito.

Leyó estas líneas que estaban trazadas sobre el plano:

“Conjuro en nombre de Dios, á aquel que se haga ejecutor de mi voluntad, á que pronuncie, antes de entrar al santuario en donde está todo lo que tengo de mas caro en el mundo, un juramento por Cristo, si es cristiano, por la honra de su madre si no cree en la divinidad de nuestro Redentor, de que no se servirá del arma oculta aquí, sino para bien de mis hijos.”

—Vamos, viejo conde, alégrate! dijo Athol con cierta emocion en la voz; sea cual fuere el tesoro, sea cual fuere el misterio ocultado tan cuidadosamente por tí, soy cristiano, y juró por Jesucristo emplearlo en la salvacion y brillo de tu raza!... Estás contento?...

La hora de las fantasmagorías había pasado. La soledad no tuvo voz ninguna para responder á esta pregunta.

Pero pareció que el sonido de las campanas lejanas, que eran tambien la voz de la muerte, llegaba con cierto tono de alegría en las alas caprichosas del viento.

Athol abrió su maleta, sacó su polvorin, y derramó su contenido todo en el agujero que había practicado.

Luego, con su piedra y su eslabon de fumador, encendió una larga tira de yezca, cuya estremidad introdujo en el agujero. La otra punta, la que estaba encendida, quedó colgando para afuera.

El aventurero fué á acostarse del otro lado de la colina, contra el suelo, y aguardó.

Al cabo de dos ó tres minutos tembló el suelo, y una granizada de piedras cayó en torno suyo.

Los ecos del valle repitieron sucesivamente el estruendo de la explosion: hubiérais dicho que era un interminable trueno.

Athol se levantó entonces. La losa de mármol había caído.

Los rayos de la luna, penetrando por aquella ancha abertura, iluminaban un gracioso nido de mármol blanco, cuyas paredes estaban adornadas con mosaicos.

Había dentro un lecho nupcial y dos cunas.

Athol penetró, lleno de recogimiento el corazón, y con la cabeza descubierta.

## VII.

### HERMANO Y HERMANA.

ERAN estos tambien dos niños perdidos; dos niños que nunca habían conocido á su padre ni á su madre.

Pero es imposible hallar dos principios en la vida mas diferentes, ni que formaran un contraste mas completo.

Hasta donde Athol podia acordarse, buscando en las profundidades de lo pasado, hallaba siempre la tempestad en torno de su barca. Ni una hora de reposo: el ruido, el movimiento, la batalla, la orgia, la tienda de los zúngaros, las cavernas que sirven de guarida á los contrabandistas, la falúa meciéndose sobre las ondas... tales eran sus primeros recuerdos.

Luego la lucha, el amor precoz, las aventuras.

Por lo que respecta á Julian y Celeste, no habia nada de esto. En su pasado, no encontraban mas que una miseria humilde y triste, luego un rayo de alegría tranquila, despues una educacion austera y casi claustral.

Habian llegado á Sicilia una tarde de invierno. Celeste no tenia aún suficiente edad para poder acordarse de aquello; pero Julian conservaba como un vago y remoto recuerdo. El cielo estaba negro, encima de una mar tranquila. Caía una llovizna menuda y fria. La tierra estaba sombría y como cubierta con un velo.

Venian de Francia. Les habian dicho que al término de su viaje encontrarían á su madre, desterrada como ellos.

Estaban confiados al cuidado de un hombre que los obligaba por fuerza á llamarle su padre.

Este hombre se embriagaba frecuentemente, y cuando estaba ébrio, los golpeaba y los llamaba: Bastardos!

Tan desagradable guardian alquiló una cabaña en el valle de Maz-zaro. Iba cada mes á recibir algunos escudos á la ciudad vecina. El primer recuerdo de Celeste databa del dia en que este bruto la golpeó cruelmente para obligarla á labrar la tierra.

En las Calabrias y aun en Sicilia, las mugeres y los niños son los que cultiván la tierra. El sexo más fuerte, para no perder su dignidad viril, pasa el tiempo fumando y durmiendo.

Julian y Celeste iban, pues, al campo. Entre los dos ganaban diariamente un medio carlino de cinco granos, que corresponde poco mas ó menos á tres octavos de nuestra moneda.

A veces, el hombre que les servia de guardian, ponía sobre la mesa una gran torta de pan moreno, y les decia:—Economizad!

Se iba entonces, y permanecia ausente semanas enteras.

Este hombre se llamaba Thibaut.

Era de Marsella, y habia dejado allá una muger y cinco niños.

Durante una de estas ausencias de Thibaut, Celeste y Julian, que tenían entonces, la una ocho años y el otro diez, vieron en el camino á un viajero agobiado de fatiga, con los cabellos húmedos y los zapatos empolvados.

El viajero llegó á la cabaña para apagar su sed.

Estaba muy pálido al entrar, pero cuando su mirada se encontró con la de Julian, se le encendió el rostro.

Celeste entraba en este momento, trayendo el agua en un plato.

El viajero los tomó á ambos por la mano, y los llevó hácia la ventana. Los miró fijamente, y se puso á hacerles preguntas, á Julian, sobre todo, aun cuando los dos niños estaban atónitos.

El extranjero no fué mas adelante en su viaje.

Dijo á Celeste y á Julian:

—Hijos míos, yo soy vuestro padre!

Thibaut volvió ébrio. Cuando venia en este estado, tenia costumbre de golpear á los niños, diciéndoles:

—Os daría á ambos por una peseta!

El extranjero se habia alejado al ver llegar á Thibaut.

Cuando éste se hubo acostado, y comenzó á roncar sobre la paja, volvió el viajero.

Traía dos caballos estirando.

—Hijos míos, dijo poniendo una peseta sobre la mesa; venid á encontrar á vuestro padre, que os busca hace largo tiempo.

—No sois pues, vos, nuestro padre? le preguntó Celeste, que lo amaba ya.

El extranjero contestó:

—Soy vuestro pariente.... Pero tenéis un padre que es un gran señor!

—Como os llamais? preguntó á su vez Julian.

—Me llamo Manuel Giudicelli; contestó el extranjero.

—Y nuestro verdadero padre?

Manuel titubeó un instante, y luego respondió:

—Tiene el mismo nombre que yo.

—Nos engañais! exclamó Julian; nuestro padre es un francés..... como nuestra madre.

Habia hablado demasiado alto. Thibaut se movió, y gruñó sobre la paja.

Manuel cogió á Julian, y lo montó á caballo; luego lo hizo él, poniendo en la grupa á Celeste, y por último partieron á galope.

Habia entonces mucha agitacion en Sicilia. No se encontraban por los caminos mas que soldados. Nadie hablaba mas que de la guerra próxima. Fernando de Borbon queria recobrar su reino de Nápoles.

Esto pasaba en el estío del año de 1815.

Manuel atravesó toda la Sicilia con sus dos jóvenes compañeros, y no se detuvo sino al borde de la mar, en una aldea, á dos leguas de Catania. Habia un convento cerca de la poblacion, y un buen fraile se encargó de la educacion primaria de los dos niños, que hablaban una gerga casi ininteligible, chapurrado de provenzal y de italiano.

En aquel tiempo, Manuel les decia diariamente:

—Muy pronto vereis á vuestro padre!

Luego, de pronto, hizo ese viaje del cual Celeste y Julian hablaban en la carroza de Battista. Y cuando volvió, les compró vestidos de luto.

Desde este instante, el carácter del buen Manuel sufrió una comple-

ta trasformacion. Se volvió triste, inquieto, temeroso. Mantuvo á los niños en una especie de clausura.

Les dejó entender que tenían enemigos poderosos que los buscaban. Y en lo sucesivo, cuando le hacian preguntas respecto á su padre, no les respondia ya Manuel.

—Sabeis tanto como yo, les dijo un dia; habeis venido de Francia; sois franceses..... pero en vuestro pais la proscripcion pesaria sobre vosotros..... Dios quiera inspiraros la vocacion de servirle!

Otras veces hablaba vagamente de un gran porvenir, de una opulenta herencia.....

Mientras mas crecian los niños, menos atencion prestaban á las palabras del pobre hombre, á quien amaban con todo su corazon, pero cuya inteligencia creian ellos se iba apagando poco á poco.

Eran dos niños prudentes y estudiosos, ávidos de saber; diriamos casi que eran dos sabios por vocacion.

Al buen religioso que diera principio á su educacion, habia sucedido el prior del convento, Fray Gerónimo, erudito bastante notable, versado profundamente en los estudios teológicos, que hablaba muchas lenguas, y no dejaba de tener grandes pretensiones filosóficas.

Gerónimo habia cobrado mucho cariño á Julian, lo cual no le impedía declarar que Celeste tenia muchisimas mas disposiciones que él para la dialéctica.

De veras asombraba aquella preciosa niña, haciendo frente y rebatiendo al grave Gerónimo en una discusion moral ó filosófica, al propio tiempo que hacia su obra de aguja, sin perder un punto, ni equivocar un tejido.

Fray Gerónimo se enojaba cuando ella lo derrotaba; pero siempre la adoraba.

Decia frecuentemente, que Julian seria un religioso estimable; pero que Celeste, una vez religiosa profesa, seria inscrita, sin disputa, en el número de las damas ilustres.

Su mas vehemente deseo era enseñarla griego.

Julian y Celeste estaban firmemente determinados desde aquella época á hacerse ambos religiosos. Su piedad sincera y dulce edificaba á todo el vecindario; y cuando Julian fué admitido como alumno esternalmente, recomendándolo muy mucho á los profesores.

Celeste entró aquel mismo dia en el noviciado de las Ursulinas de San-Severino, junto á Catania. Su hermano tenia permiso de ir á verla, y Fray Gerónimo acompañaba á Julian. El locutorio de las buenas hermanas fué frecuentemente testigo de esas empeñadas discusiones, ne que la muchacha solia poner en aprietos al digno religioso.

Manuel hacia en este tiempo largas y frecuentes ausencias. Nadie poseia el secreto de los pensamientos que le preocupaban y absorbían. Abrazaba al hermano y á la hermana, con los ojos llenos de lágrimas, cuando volvia de sus viajes, y decia muchas veces palabras sin hilacion, que parecían revelar un trastorno mental cada vez mas aparente.

Algunas ocasiones elogiaba el estado eclesiástico y el reposo del claustro; otras, cuando fray Gerónimo le repetia su dicho ordinario: "Julian será un buen sacerdote; pero Celeste no podrá menos de ser una de las lumbreras del convento," Manuel se sonreia de una manera desdeñosa.

Hubiérase dicho entonces, que soñaba para los niños destinos muy diversos.

Gustaba de conducir á Julian al borde de la mar. Allí le hacia largas narraciones, exaltando la grandeza de ciertas razas, y hablándole de los deberes de los que tienen en sus manos el poder y las riquezas.

Julian creia comprender que Manuel habia abandonado la Italia para servir á su padre, en tiempo de las guerras del imperio francés; pero que habia nacido en los dominios de Monteleone, en las Calabrias, y que habia conservado al último vástago de esta ilustre raza, un amor que parecia un culto.

A Celeste, le contaba Manuel la historia de esas castellanas que son la providencia de todo un distrito; y con este motivo pronunciaba de nuevo el nombre de Monteleone. Manuel habia conocido—decia—á esa condesa de Monteleone, Maria de los Amalfi, á quien los calabreses llamaban *el buen ángel*.

Pero tan luego como Celeste y Julian decian: "Hablados de nuestro padre," bajaba la cabeza y se callaba.

Cuando Julian llegó á los diez y ocho años, era un joven grave y dulce; muy instruido en todas las cosas que un fraile viejo y sabio puede enseñar; que no habia visto jamas turbada la calma de sus sentidos, y que miraba su porvenir de religioso, sin alegría, pero tampoco sin repugnancia.

El único escrúpulo que pudo ocurrirsele con motivo de su vocacion, era el agrado que experimentaba al oír relaciones de guerra.

Decia varias veces:

—Quisiera ser como esos caballeros de Jerusalem ó del Templo, que celebraban con la espada al cinto el santo sacrificio de la misa.

Y era todo. Ninguna idea mundana ó de amor venia á turbar su profunda quietud.

En este punto se le parecia su hermana. Iba á tener diez y seis años. Era aún una niña; pero por cuánto tiempo?

Celeste conocia ya la vaga meditacion; esa meditacion que no tiene

objeto, que parece no tener causa, que arrastra suavemente nuestra imaginación, y la mece en países desconocidos, pero de singular atractivo.

Tal vez no estaba la joven llamada tan decididamente como su hermano, al estado religioso. Sus ensueños iban mas allá de lo que la rodeaba.... Pero, por otra parte, su espíritu, realmente superior, su piedad sincera y la firmeza precoz de su corazón, respondían de su resignación.

Era una estraña muchacha. Había podido conservar todo su candor y frescura de virgen, al acercarse á sus labios la copa de la ciencia. El pedantismo había dejado intactas todas sus gracias juveniles, todas sus deliciosas niñerías.

Solo que la cubierta, la exterioridad, era un poco puritana; pero esto hacia mas preciosos sus repentinos arranques de alegría y de viveza.

Adoraba á su hermano, y le profesaba ademas una especie de respeto. Estas deferencias provienen á veces de la superioridad que se adivina. Eran ellos, el uno para el otro, toda la familia.

En lo físico, Celeste había adquirido un desarrollo superior á lo que debía ser por su edad; era encantadora ya, aun cuando la primavera próxima debía aumentar el tesoro de sus gracias. En lo moral, era un espíritu atrevido y reflexivo al propio tiempo, que había adquirido una sutileza escesiva, en virtud de una educación que no era de su sexo.

Conocía una multitud de cosas que las mugeres no saben. Ignoraba las que todas las mugeres saben.

El carácter peculiar de su inteligencia, era precisamente marchar hacia lo desconocido.

Aquello que no sabía, tenía para ella el atractivo irresistible de un enigma propuesto.

Buscaba, investigaba, profundizaba entonces. El mundo la ocupaba de lejos, como un gran problema. Y Dios sabe, que tomando por punto de partida los datos y esplicaciones de fray Gerónimo, arriesgaba mucho, á pesar de la fineza propia de su inteligencia, y de su buena voluntad, quedarse sin resolver el problema.

Tal era la situación del hermano y de la hermana, cuando una carta urgente de Manuel, ausente hacia ya muchos meses, les hizo emprender este viaje.

Manuel tenía sobre ellos la autoridad de un padre; ni siquiera habían discutido su orden. Y quién sabe si este viaje inesperado, no halagaba en la una y el otro, á pesar de ambos, un vago deseo de cambio y de aventuras?.....

Estaban en la posada del Corpo-Santo. Era un poco antes de que la noche cerrara; era el momento en que nuestro hermoso aventurero, el caballero de Athol, entraba con su pico y su pala en los pantanos del Martorello.

Celeste y Julian habían interrogado en vano á su buen amigo Manuel, que, segun su costumbre, había permanecido en la mas profunda reserva.

No sabían, pues, nada mas que á su salida de Catania, acerca de los motivos de un viaje tan imperiosamente exigido.

Había frente á la posada del Corpo-Santo, un jardincito elevado tres ó cuatro escalones sobre el nivel del patio. Julian y Celeste estaban sentados bajo un emparrado, y concluían de comer, mientras que Manuel platicaba con Pietro, el posadero.

Las campanas del convento no habían comenzado aún á doblar.

La tarde estaba silenciosa y bella.

Manuel Giudicelli era ya un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, de talle un poco encorvado, y frente casi calva. Tenía la dulzura y la bondad pintadas sobre el rostro; pero parecía que Dios lo había destinado á soportar un gran peso de sufrimientos y dolores. Sus ojos habían perdido ese brillo que no falta jamás á las pupilas de los calabreses. Algo de inquieto, de enfermizo, diría casi, de abatimiento, se revelaba en su mirada.

Había tomado tan solo un poco de pan y de vino en compañía de los dos jóvenes viajeros; luego se había levantado, sin otro objeto que el de agitarse un poco, y como si le fuera imposible permanecer quieto en un sitio.

Iba y venía en el pequeño jardín que rodeaba á la posada. A veces, cuando se perdía en alguna callejilla y creía no ser visto, sacaba de su seno un papel que leía ávidamente.

Le besaba despues de haberlo leído, y rodaban de sus ojos grandes lágrimas.

Se acercaba entonces á Julian y á Celeste, y los contemplaba sin aparentarlo.

—Los niños han crecido, murmuraba. Si Julian quiere ser sacerdote..... está bueno! Quisiera verle mejor la espada al cinto y el sombrero de plumas en la cabeza!..... Pero en fin, ya hemos tenido cardenales en la casa!.....

Y Celeste proseguía; tiene toda la belleza de su madre!..... Es preciso que ésta siquiera sea dichosa!..... Dios es bueno!..... Dios los ha reducido á una infancia penosa, para que conozcan mejor el precio de la dicha.

—Pobre Manuel! decía al mismo tiempo Julian. Estas pocas semanas le han hecho cambiar mucho; no te parece, hermana mia? —Me ha parecido, como si hubiera envejecido muchos años; contestó la niña suspirando.

—Trabaja mucho! repuso Julian; se esfuerza, no por él, sino por nosotros. Sueña despierto riquezas y grandezas... como si fuera necesario todo eso, Dios santo! para alcanzar una muerte cristiana, que es el objeto de nuestra miserable vida!

Celeste suspiró de nuevo y con mas fuerza.

—Lo cierto es, murmuró ella, no sin un poco de amargura en la voz, que no tenemos necesidad de tesoros ni de grandezas, tú para obtener la tonsura, y yo para tomar el velo y encerrarme para siempre en un claustro.

Julian la miró, y su rostro adquirió una espresion de tristeza.

—Echarias de menos el mundo? le dijo.

—Puesto que no lo conozco... respondió la jóven tratando de sonreirse.

—Hermana mia, dijo el adolescente con un tono grave; quién sabe si tu pesar proviene de no conocerlo!

Celeste bajó los ojos, y tardó algo en responder.

—Pues sí, dijo la jóven al fin, ruborizándose y sonriendo; hubiera querido ver, aun cuando no fuese mas que por una vez, lo que es el mundo!

—Loquillal... dijo Julian.

—Y estoy segura... replicó Celeste, que lo miraba con el rabo del ojo.

—Estoy segura... repitió Julian viendo que ella se detenía.

—Estoy segura de que tú tambien tienes esta idea, como yo!

Julian sacudió gravemente la cabeza.

—He tratado á veces de adivinar el mundo, respondió, conforme á lo que me han dicho y he leído.... No; te hablo con franqueza, hermana mia, no he tenido muchas ganas de conocerlo!

—Y qué has adivinado, querido hermano? preguntó Celeste acercándose con curiosidad.

—Que no es mas que movimiento, un vano brillo, falsos placeres, cuya saciedad trae consigo el remordimiento....

Celeste se mordió sus lindos lábios color de rosa. Había, en verdad, un poco de desden en su sonrisa, al propio tiempo cándida y picaresca.

—Tienes razon, hermano, murmuró la niña; en los libros es en donde has visto eso.

—Te has imaginado tú el mundo de otro modo, Celeste? la interrogó Julian, que no perdía su aire de superioridad.

—Yo, replicó la muchacha, yo no sé nada. Me gusta mejor decir que no sé nada. "Movimiento, ruido, un vano brillo." Todas esas palabras no tienen sentido para mí. Mientras no se llama á las cosas por su nombre, parece que me hablan en una lengua extranjera....

—Pero Celeste, ángel mio, no sabemos ni tú ni yo el lenguaje del mundo!

—Tenemos el nuestro, Julian, repuso Celeste con una vivacidad llena de gracia; tenemos el idioma de nuestras deliciosas conversaciones; el lenguaje de nuestro corazon y de nuestra inteligencia.... No es ese el que tú empleas... si fuera así, te comprendería!

—Sin embargo, hermana....

—Y por eso—replicó ella animándose poco á poco—es por lo que tengo el alma vacía y el cerebro lleno de ideas sombrías, después de haber leído tus tratados de moral y tus pomposos sermones.... Cuando tú prediques la palabra de Dios, Julian, yo sé bien que tendrás una elocuencia muy diversa.... Has hablado mucho para no decir nada, y esta es una muestra, no de tu talento, sino de tu ciencia. He leído eso mismo, diez veces, ciento.... "Movimiento, ruido, un vano brillo, falsos placeres" y todo lo demás.

—Vamós, señor filósofo, la interrumpió Julian, lleno á su vez de curiosidad; puesto que no estás contenta con mi definicion, dame la tuya.

Los hermosos ojos de Celeste tomaron de pronto un aire de meditacion profunda.

—No sé lo que es el mundo, respondió ella; pero sí creo comprender bien la causa de su atractivo y de sus peligros. El mundo no es de ninguna manera una palabra vacía de sentido, como tu movimiento, tu ruido, tu vano brillo, &c. es una palabra cuya significacion es enteramente relativa. El mundo no existe sino como medio ó centro.... Para espresarte mejor mi pensamiento, te diré que creo que el mundo es el punto de apoyo de cada personalidad humana. Lo compararia yo á esos aparatos de cristales móviles, que reflectan, repetidas mil veces las luces de un candil....

Julian fijaba sobre ella su mirada llena de asombro.

—Pues voy mas lejos, prosiguió ella sosteniendo valerosamente aquella mirada; y recalco mi comparacion, como decía nuestro anciano profesor; tan rica, esacta y feliz así me parece!.... Figúrate, Julian mio, un candil inmenso, compuesto de muchas luces y de una innumerable cantidad de cristales que reflejan las luces. Todo esto brilla, no es verdad? las luces por sí mismas; los cristales con las luces. Ese es el mundo!....

—Ah!.... dijo Julian maquinalmente; ese es el mundo!

—Brillo real! continuó Celeste; pero multiplicado por un efecto de óptica..... Cambio incesante de rayos..... porque si la luz aislada brillase en el vacío de las sombras, la noche llegaría á absorverla: necesita de los cristales..... y qué serían los cristales con la luz apagada?.....

—Necesitan de la luz, dijo Julian riéndose, es evidente!.... No he visto esa definición del mundo en ningún tratado de moral.... No la he oído en ningún sermón tampoco..... Pero para juzgar de su mérito, me sería necesario conocer el mundo..... Círculo vicioso, hermanita!

El precioso piecécito de Celeste golpeó el suelo con impaciencia.

—He dicho demasiado, dijo ella; y tendré mucho trabajo en olvidar que escuchaba en otro tiempo las lecciones de un profesor de lógica, al hacer mis bordados..... El mal ha provenido, mi querido hermano, del grande deseo que tenía de hacerte comprender mi pensamiento..... Hay un género de educación, que consiste en envolver la inteligencia en pamplinas, como se aprisionan los miembrecillos de los niños en las fajas y los pañales..... Nosotros dos hemos recibido esta clase de educación.....

—Eso es una insurrección declarada! murmuró Julian.

—Ay, no! hermano; es una protesta, y eso me basta!.... Ahora que ya he demostrado lo que me irritaban esas vaciedades, no pretendo otra cosa mas que someterme..... me entrego atada de piés y manos.....

—Dios no quiere esclavos en su casa, la interrumpió Julian con un tono severo.

—Dios quiere á todos los que sufren, hermano mio!

Julian la tomó una mano, y se recogió dentro de sí mismo. Buscaba con ansia con qué palabras podría apaciguar la rebelión impensada de su hermana. Era una enfermedad que no había tenido para él sino mas precursores.

No se habían separado jamás una hora, á no ser para encerrarse Celeste en el convento; y he aquí que hacia solo algunos minutos que Julian conocía á su hermana.

La miraba; notaba en ella algo cambiado.

Es que era ya una mujer.

—Celeste, le dijo él dulcemente y con un tono paternal; para notar tan bien los defectos de la educación que hemos recibido, es preciso que hayas encontrado un objeto de comparación..... no es el buen Manuel, supongo, quien te ha inspirado esas ideas.

—El buen Manuel me ha tratado siempre como una niña!... Sabes bien que reservaba sus largas historias para tí solo.

—Has tenido, pues, otros profesores?

Esta pregunta fué hecha con cierta timidez. Podía notarse que Julian temía la respuesta.

Pero la sonrisa de Celeste era tan modesta y tan pura, á pesar del picaresco brillo de sus grandes ojos negros!

—No temas nada, mi hermano querido, dijo ella; no he tenido jamás otro profesor que el tuyo..... Solo que, mientras que yo bordaba y el buen fray Gerónimo me acusaba de indiferencia, yo escuchaba con toda mi alma..... tal vez para vengar tu fastidio!.... Como bostezabas, hermano mio!.... Dentro de mí misma rebatía los argumentos de fray Gerónimo..... pero esto no me hubiera llevado muy lejos, si no hubiera yo hallado de pronto un guía.

—Un guía! exclamó alarmado Julian.

—Pero que no tiene nada que pueda azorarte..... esa guía era yo misma. Me puse á leer una vez ese libro que Dios ha escrito en cada uno de nosotros, y no tuve ya tiempo ni siquiera de escuchar á fray Gerónimo..... Contemplaba á Dios, y me comprendía á mí misma.

—Estás segura, Celeste, murmuró Julian visiblemente inquieto, de que no hay heregía en eso?

—Absolutamente segura, hermano..... Amo mucho mi santa fe; para ponerla á discusión; ese es un refugio..... No hablo mas que de las cosas mundanas..... esas son nuestras; nos pertenecen, como el país enemigo al conquistador..... Nosotros no somos gentes del mundo, ni lo seremos nunca; por consiguiente, no tenemos que guardarle consideraciones.

Ese grande y hermoso adolescente, que había contado tan bien la biografía clásica de Mario Monteleone; ese estudiante serio, recién empapado en las lecciones de fray Gerónimo, experimentaba en aquel instante un movimiento complejo.

Se veía tentado de admirar á su hermana, y comprendía ahora por qué el viejo Gerónimo hablaba algunas veces, á propósito de ella, de las damas ilustres que habían brillado en la teología, en la filosofía y las bellas artes.

Estaba—á lo menos por hoy—en la edad en que se admite la mujer ábia.

Su hermana se le presentaba, elevada súbitamente hasta la altura de una persona que podría contar despues de su muerte, con un artículo de media página en los diccionarios históricos.

Empero á esa alegría se mezclaba algún despecho.

Había adquirido la costumbre de ser escuchado como un oráculo, y ciertamente lo merecía, por la admirable regularidad de sus costumbres.

Y he aquí que su hermana se paraba frente á frente de él, y discutía su legítima supremacía.

Y se permitía aquella muchacha atrojarlo hasta el punto—á él, que muy pronto iba á ser doctor—de que no se atrevía á dar á la discusión los aires de una batalla campal, por temor de ser derrotado.

Era muy sabio ese buen Julian, y el digno fray Gerónimo no era tampoco un tonto, como el desden inconsiderado de la *signorina* podría hacérselo creer; pero la sorpresa quitaba á Julian una gran parte de sus recursos; y luego, el silogismo es una arma torpe y pesada, que se embota contra la sonrisa de las muchachas.

Nada hay mas terrible como esas preciosas loquillas que se meten á discurrir!

No podría decirse que no hubiera aquí y allá algun rasguillo de pendería en ese delicioso rostro; pero era Celeste tan jóven!

Hasta los diez y seis años, declaro que esa es una circunstancia atenuante: las señoritas muy jóvenes tienen el derecho de filosofar tuerco ó derecho.

Es su privilegio de colegialas.

Por lo demas, presentamos aquí al lector, á esos dos niños en el momento preciso de su entrada en la vida; en la hora que precede á la transformación completa.

Julian, sin embargo, como alumno de teología que era, habia estudiado laboriosamente la tesis de su hermana. Era, en toda la extensión de la palabra, una lección de dialéctica la que tomaba.

—Entonces, dijo de pronto, siguiendo la serie de argumentos que se proponia á sí mismo; admitiendo que seamos nosotros, dos, tipos, crees tú que colocados de pronto en el quicio de ese teatro que es el mundo, mi atención se concentraría sobre los jóvenes, mientras que tú no examinarías bien mas que á las muchachas?...

Celeste levantó hácia él sus grandes ojos pensativos.

Hacia ya largo tiempo que su espíritu, mas ligero, habia salvado el obstáculo en que se detenia su hermano.

—Discurre siempre conforme al sistema de Gerónimo, murmuró ella sonriéndose; por lo mismo te equivocas siempre en el camino... La lógica es el arte de engañarse á sí mismo.

—No has dicho?..... comenzó Julian.

—He dicho que me bastaria para conocer al mundo, ver una jóven en el mundo... ó tal vez, ver á una jóven del mundo fuera de él.

—Por la misma razon me bastaria á mí, ver un jóven en el mundo...

—O siquiera un jóven del mundo... con tal que mirases bien, con tus propios ojos que son buenos, y no con esos anteojos engañosos, que hacen ver á los sabios las estrellas á mediodía.

—De tal manera, concluyó el imperturbable Julian, que conforme á tu axioma, formulado así, no se vé bien fuera de uno mismo mas que á

sus semejantes..... no se juzgan bien los hechos exteriores, sino refiriéndolos á su semejante....

—Oh Gerónimo III! exclamó Celeste riéndose.

—De tal manera, digo—prosiguió el estudiante—que el aparato mas perfecto que pudiéramos encontrar para ver el mundo nosotros dos, consistiria en un hermano y una hermana.... algun conde y una condesita.... Yo disecaria al conde, y tú analizarías á la condesa....

—Los carruajes del conde. Lordano Doria—dijo una voz cerca de ellos—que viaja con la condesa su hermana....

Julian se quedó con la palabra en los labios.

La risa que venia á los labios color de rosa, de Celeste, se desvaneció.

Ambos hermanos se miraron, y murmuraron al propio tiempo:—

—Vaya una cosa estraña!

Celeste añadió:

—El hijo y la hija de ese Giacomo Doria....

No concluyó.

Pero, como movidos por un solo resorte, los dos se levantaron y se dirigieron al enrejado del jardin.

El jardincillo de la posada del Corpo-Santo, dominaba el camino que pasaba por delante. Por detrás, la casa, de un solo piso, recibia la luz por unas ventanas irregulares. A la izquierda habia una huerta, en donde platicaban juntos en aquel momento el buen Manuel y el posadero.

Este, muchachon alto y pálido, flaco y trigueño, calzado con unas altas botas de cuero, como el segador de Leopoldo Roberto, y que usaba encima de sus incultos cabellos negros, un gorro de lana de colores, miraba de tiempo en tiempo con inquietud á su compañero.

—Sueña despierto este buen hombre! pensaba.

—Se han visto, decia Manuel que le tenia agarrado por una manga, venir de la tumba algunos avisos.

—Sí! sí! replicó el posadero; hay algunos borrachos que han encontrado á la difunta condesa María, vagando entre la maleza, al pié del Martorello. Lo que soy yo, duermo las noches en que no me ocupo del contrabando, cuando las calenturas me dejan en paz....

—No erais vos, Pietro, servidor de Monteleone?.....

—No..... no..... vine aquí despues de la muerte del buen conde.... Pero sí creo que la posada debia ser mucho mejor en el tiempo en que se forjaba el hierro, aquí en el valle....

—Y ¿cidme, Pietro; qué pensais vos de eso?

—De qué?... de la carta del difunto?... recibida siete años des-

pues de su entierro?..... Pienso que es una cosa muy chistosa, mi querido camarada..... y que no hareis fortuna con ello!

Manuel bajó la cabeza.

—Y qué dice la carta? preguntó el posadero, cuya curiosidad se revelaba á pesar de su fingido desden.

—No son secretos míos; respondió Manuel.

—Si yo lo preguntaba, dijo Pietro, era para daros un consejo..... Pero me meto en camisa de once varas, querido camarada.... Ahí tenéis dos lindos niños, eso es lo cierto.... Haced entrar al muchacho en la carrera militar.... Casad á la jovencita con algún buen mercader de Cosenza.... y vivireis en paz....

Manuel le cortó el hilo de sus consejos, apretándole el brazo.

—Queréis prestarme una pala y un pico, Pietro? le preguntó bruscamente.

Este le miró de reojo, y respondió tocándose la frente:

—Que el diablo me lleve si no tenéis algo trastornado aquí, papá Manuel.... Os prestaré mi pala y mi pico, siempre que queráis.... pero estais pálido, como un fiebreito que se levanta despues de un acceso.... Subid conmigo y tomad un vaso de vino de Sicilia, para reconfortaros el corazón....

Era una buena alma aquel Pietro, el posadero. Lo habian expulsado del pais de Otrante, en donde tenia una posada de contrabandistas, y habia venido á abrir una posada del mismo género al otro lado del Apenino. Cada uno en este mundo, sigue su vocacion.

El contrabando es un oficio noble sobre las costas de la Calabria. Es casi tan noble como el de los bandidos.

Entre la montaña y el Martorello, no habia para Pietro mas diferencia que las calenturas tercianas.

Pero vive uno con sus calenturas antes de morir.

Pietro tomó á Manuel por el brazo, y le hizo entrar en la posada. El mismo bajó á la bodega.

Manuel, luego que hubo quedado solo, estendió sobre la mesa su carta, amarillenta y arrugada, y se puso á leerla atentamente.

—No hay duda.... no hay duda, es su letra, decia al leerla. Jamas le desobedecí en vida.... Que se haga su voluntad despues de muerto....

—Qué tenemos de nuevo? gritó Pietro desde el patio, al volver de la bodega.

Dos gendarmes á caballo se presentaban en el recodo del camino.

El posadero, en vez de reunirse con su huésped, se dirigió al quicio de la puerta.

No todos los dias se veía tan honrada la posada del Corpo-Santo!

Los dos gendarmes entraron al patio.

Detrás de ellos venian dos lacayos á caballo, vestidos con una brillante librea, y armados hasta los dientes.

Luego seguia una calesa de viaje, tirada por cuatro caballos. En los muelles cogines del interior, reposaba indolentemente una juvenil pareja.

Detrás de la calesa seguian otros dos lacayos, como los anteriores; un coche con la servidumbre, y por último, otros dos gendarmes con las carabinas en la mano.

Celeste y Julian no hablaban ya. Su alma estaba concentrada en sus ojos. Ambos se hallaban de buena fe bajo la impresion de la fantástica teoría desarrollada por la linda alumna del clásico Gerónimo. Julian miraba al conde Loredano Doria; Celeste devoraba con los ojos á la condesa Angélica.

Se sabe acaso cómo suceden estas cosas, independientemente de todas las teorías antiguas ó nuevas, académicas ó de pura fantasía?

Al mirar al conde, fué á la condesita á quien vió nuestro sabio y prudente Julian.

Celeste, que creia examinar minuciosamente á la condesa, encontró frente á su rayo visual el noble y hermoso rostro del conde Loredano.

De veras que les estaba sucediendo como en los cuentos de hadas. Habian evocado la vision, y la vision se presentaba dócil, complaciente.

Por qué no pensaban ya ni el uno ni la otra en ese frio estudio que debia hacerles tan fácil ese aparato humano, para emplear la espresion de Julian?

El aparato era perfecto, y tal como lo habian deseado: eran un jóven y una señorita, hermano y hermana; no tan solo del mundo, sino de esa raza privilegiada que se cierne encima del mundo, y á la cual el mundo envidia; nobles, entre los mas nobles; ricos, entre los mas opulentos; el orgullo de la corte, la flor del reino!

En otro tiempo, antes de las guerras de la revolucion, los napolitanos decian:

“Despues de Borbon, Monteleone; despues de Monteleone, Doria.”

Pero, mientras que esa gran raza de los Monteleone caia y moria, los Doria crecian mas y mas; crecian con tanta mayor razon, cuanto que la herencia de Monteleone; les tocaba por derecho de parentesco.

Ya no habia Monteleone; y ahora podia decirse: “Despues de Borbon, Doria.”

La calesa descendia lentamente la pendiente suave del camino.

Por un instante desapareció casi entre la sombra formada por una sinuosidad del terreno, que el camino cortaba á pico, y cuya cúspide



situada frente á frente de la posada, estaba coronada de un bosquecillo de espinos y algunos encinos enanos, que inclinaban su copa sobre el camino.

La tarde se iba enturbiando; aun cuando quedaba en el horizonte todavía una faja rojiza, como de fuego.

Cuando la calesa salió de entre las sombras, Julian lanzó un gran suspiro, y se irguió involuntariamente; Celeste se puso muy pálida. Al pie de la reja del jardín, hacia afuera, las gentes de la posada decían:

—Vienen de Palermo, y van á Nápoles.

—El rey quiere casarlos á los dos el mismo día.  
—El rey ha dividido entre ellos, por partes iguales, los dominios de Mario Monteleone.

Julian y Celeste cambiaron entre sí una muda mirada.  
Las gentes de la posada seguían diciendo:  
—Doria, el de Roma, les da todos sus palacios y todos sus castillos... No tenían, pues, bastante con todos los casillos y palacios que poseían en Nápoles, en Palermo, en el Abruzzo, en las Calabrias, en Sicilia, en todas partes!

Algunos sombreros volaron al viento.  
*Evviva il conte Doria! Evviva la contessina!*  
Loredano se sonrió y saludó!

Un profundo suspiro conmovió el pecho de Celeste.  
Angélica agitó su blanca mano, é inclinó perezosamente su cabeza.  
Julian apoyó sus dos manos contra su corazón; sus ojos se agrandaron á pesar suyo, y su cuerpo se enderezó de pronto orgullosamente como si hubiera sido otro hombre.

Al ver el fuego que repentinamente se encendió en su pupila, no hubiérais reconocido al pálido seminarista de antes!

En otro tiempo, antes de las ruinas de la revolución, los nobles decían:

—Después de Borbon, Monteleone; después de Monteleone, Doria.  
Pero mientras que era gran fama de los Monteleone, tanto los Doria eran más y más; crecían con tanta mayor razón, cuanto que la herencia de Monteleone; las tocaba por derecho de parentesco.  
Ya no había Monteleone; y ahora podéis decir: "Después de Borbon, Doria."

La calesa descendía lentamente la pendiente suave del camino. Por un instante desapareció casi entre la sombra formada por unas ramas del terreno, que el camino corría á pie, y cuya céntrica

## VIII.

## CONDE Y CONDESA.

LOREDANO Doria era uno de esos admirables tipos de la belleza romana que han inspirado evidentemente la escuela de Italia. Hay en el conjunto de esas líneas una serenidad tan elevada, que se piensa involuntariamente en Dios hecho hombre. La belleza de Italia, es la belleza dulce, magestuosa, casi divina.

Loredano, conde Doria, podía tener de veintiocho á treinta años. Los eadejos rizados de su maravillosa cabellera negra, se separaban en dos, sobre su frente blanca y pura. Sus ojos, profundos y limpidos á la vez, sombreados por una larga pestaña, rasgados, pero marchitos ya por el placer, producían en el alma, cuando se sonreía, esa sensación de bienestar y armonía, que hace nacer una hermosa voz varonilmente vibrante, ó el sonido lejano del órgano.

Es sumamente difícil y aventurado pintar esa mezcla heróica de nobleza y de fuerza, que es la seducción misma.

Nuestros hombres del Norte podrán tener ambas cualidades, pero nunca en tan armoniosa proporción.

Pero figuraos que bajo el sol de los trópicos, árboles gigantes, cuya copa se pierde entre las nubes, robustos como nuestros encinos, cuelgan á mas de cien piés sobre la tierra, guirnaldas de flores, mas blancas que nuestros lirios, mas rosadas que nuestras rosas, mas azules que el záfiro.....

Lo que sí ni aun debe intentarse describir, es la gracia exquisita, el